

Capítulo 7: Los huevos

Llevaban dos días vagando por entre gordos troncos manchados de líquenes verdosos y extrañas plantas colores gastados, algunas de las cuales se habían comido. Por suerte, la tierra estaba seca, horadada de sombras y manchas de luz que oscilaban conforme el frío viento mecía las ramas. Los pájaros gorjeaban y trinaban y los insectos flotaban en el ambiente con un incesante zumbido, totalmente ajenos a la matanza que estaba acaeciendo en el lugar. Los árboles susurraban y las flores sonreían con apagada lozanía al ver pasar al aguerrido cazador y el adorable demonio. Derren jamás había visto aquel bosque tan en calma. Ni rastro de lobos. Ni rastro de cerberos.

Sin embargo, al cazador, el bosque no le engañaba. En los Colmillos Verdes, la calma tenía un carácter efímero. Por eso no se sorprendió que se encontraron con otros cuatro cadáveres y, si bien eso había acrecentado el temor de Demi, también había aumentado su comodidad. Las botas de un cadáver, una mujer cazadora cuya hebilla Derren desconocía, le ajustaban el pie bastante bien con solo cortar la puntera. Sus dedos respiraban gráciles y agradecidos y, por si fuera poco, sus ampollas estaban curando bastante bien.

De no ser porque no habían encontrado ni una sola huella de la libélula, se podría haber dicho que las cosas marchaban sobre ruedas. Pero a Derren se le estaba quedando la cara marcada de una perpetua mueca de preocupación, y eso no ayudaba a sosegar a la muchacha que lo seguía de cerca con miedo a quedarse rezagada. De vez en cuando, Demi se esforzaba por iniciar una conversación más personal.

– ¿Entonces, a tu padre lo asesinó un rey?

– Ajá –asintió cansinamente.

– ¿Y tu madre?

– Se la llevó la enfermedad del costado.

– ¿Hermanos? –pero Derren negó con la cabeza enseguida–. ¿Amigos? ¡Todo el mundo tiene amigos!

– Murieron en estos bosques.

Demi tragó saliva. Las respuestas del cazador no ayudaban a infundir un clima de buen humor a la tediosa marcha por entre los árboles. Escogió guardar silencio y disfrutar de la naturaleza, sus colores y su música.

Antes de que el sol cayera del todo, llegaron a una zona donde los árboles acababan abruptamente, como si sus raíces se toparan con un infranqueable muro de luz.

– ¡Por fin! –exclamó el cazador, borrando su hosca expresión de la cara por un instante–. Bienvenida a los Colmillos Verdes, Demi.

La tupida muralla marrón y verde dio lugar a un vasto calvero donde los árboles habían sido sustituidos por unos enjutos farallones que parecían brotar del mismísimo centro de la tierra. Inmensas columnas rocosas tapizadas de yedra y otras plantas trepadoras se alzaban

majestuosas ante los dos caminantes. De ellas colgaban gruesas lianas que se mecían con el viento. Demi abrió la boca para decir algo, pero se había olvidado de las palabras.

– Oh...

– Es un lugar sagrado para mi pueblo. Cuenta la leyenda que estas torres de roca envueltas en vegetación son colmillos de deidades que se arrancaron para apresar en el centro de la tierra a los espíritus malignos. Aquí, bajo nuestros pies, están las esencias malignas del bosque. Algunos creen que los cerberos fueron creados para vigilar este lugar, y sobre todo impedir que nadie liberara a estos espíritus.

– ¿Y tú? ¿Tú qué crees?

– ¿Yo? ¡Ja! Claro que no. ¿Te parecen esto colmillos? Si los cerberos protegieran este lugar, ¿dónde están ahora? Oh no, los cerberos son como los lobos: lo único que protegen es su apetito, y nosotros somos carne fresca.

– ¿Entonces nadie cree en esa leyenda?

– Son pocos los temerarios que se adentran tanto en el bosque como para alcanzar a ver este lugar. Y en las pinturas los Colmillos Verdes aparecen más afilados, atravesando masas de tierra y jadeantes sombras blancas. Además, mi pueblo es supersticioso... Les conviene creer que los espíritus malignos fueron encerrados en las entrañas del subsuelo. Los ritos son simples, tan solo tienen que arrancar los colmillos de los animales que cazan y comen, y conservarlos en la casa, por si algún día los espíritus malignos vuelven... –Derren soltó una carcajada–. Se creen que los colmillos de una comadreja les van a salvar... En fin. Viven para sembrar, no para pensar.

– Y tu para cazar.

– Sí. Y por eso tengo que pensar mejor que mis presas –el cazador se encogió de hombros–. Supongo que no hay que pensar mejor que un grano para que brote la planta.

Se adentraron en el calvero salpicado de los gigantescos colmillos de roca y los fueron rodeando hasta llegar al centro. El viento volaba por entre los témpanos rocosos provocando un suave silbido y rascando las gargantas de los recién llegados. La tierra estaba seca y agrietada, salvo en la base de cada farallón, donde miraban aburridas flores azuladas en medio de una alfombra de hierba amarillenta.

– Y ahora, ¿qué hacemos?

– Tregar. Puede que desde arriba nos sea más fácil ver donde se esconde esa maldita libélula.

– Oh, ya. También será más fácil vernos para ella –comentó, con sorna.

Tras más de dos días juntos, Demi ya se sentía más cómoda con el cazador. La había salvado y luego la había armado con un arco. Le había enseñado a hacer flechas para defenderse y para cazar. La había abrigado y calzado. Sobre todo, el cazador no había intentado ponerle la mano encima. Eso era lo que más la había preocupado desde el principio, pues no se explicaba para qué la había salvado si no era para eso.

Llegaron frente a una de las columnas más altas y gruesas que había en medio del calvero y Derren sacó una cuerda del macuto. Hizo dos lazos y le tendió uno a ella.

– Bueno, ¿qué tal si subes delante?

Demi tragó saliva y miró hacia arriba. Luego miró a Derren, que le sonreía.

– Pero... ya casi es de noche...

– Precisamente por eso, estaremos más seguros ahí arriba.

El cazador se quitó las botas y se ató el lazo alrededor de la cintura y la apremió para que hiciera lo mismo. Luego él mismo se aseguró de que todo estaba en orden, ajustó el nudo de ella y lo apretó con fuerza. Ella exhaló un suspiro entrecortado.

– Es mejor que la cuerda te deje un poco de marca a marcar la tierra de abajo con tu cuerpo, ¿no? –ironizó Derren.

Luego, se pusieron manos a la obra. Demi subió con precaución pero con gran agilidad, para sorpresa del cazador, que le iba diciendo donde poner cada pie y en qué muescas hacer fuerza con los dedos o a qué lianas aferrarse.

La luna brillaba de emoción al verlos encumbrar finalmente el rocoso torreón. Un molesto viento soplaba ahí arriba, uno un poco más frío. Pero a Demi eso poco pareció importarle. Se tiró al suelo despatarrada y cerró los ojos, tan exhausta como aliviada. Derren examinó el lugar, paseando por la pequeña extensión de tierra yerma. Había un bulto que sobresalía. Se acercó y descubrió que eran cinco pedruscos del tamaño de su cabeza. Alguien había tenido que ponerlas ahí.

Su sorpresa fue monumental. Sus ojos se abrieron como platos y su respiración se detuvo un instante. Se quedó quieto, con los pies clavados en la roca. Sus músculos se tensaron involuntariamente.

Huevos. Tres huevos yacían entre ramitas, yesca y hierbajos en el interior de un círculo de piedras. Eran blancos como la nieve y demasiado grandes para ser huevos de cualquier ave que él conociera. Un pensamiento recorrió su mente de oreja a oreja, y luego lo hizo un escalofrío de la cabeza a los pies.

Estaban en el nido de la libélula. Habían subido allí para guarecerse. Para estar más seguros. Y, finalmente, se encontraban en el lugar más peligroso del bosque. Pero, sin duda, el lugar donde la libélula los encontraría con total seguridad.

Al volver, trató de poner buena cara y optó por no contarle su hallazgo a la chica. No quería preocuparla, pues necesitaba dormir una noche entera. Demi abrió un ojo al oírle llegar.

– ¿Por qué me salvaste? –se atrevió por fin a preguntar, incorporándose en su sitio.

– Me enseñaron a luchar contra aquellos que queman –Derren se mesó la barba–, no contra los quemados.

– ¿Qué hay de los que queman a los que queman? –insistió ella–. ¿Contra esos también te enseñaron a luchar?

– Los que queman son los poderosos. Si se queman entre ellos, mejor para todos. El mundo sería un lugar mejor si no hubiera poderosos –suspiró–. No me gusta el poder.

La chica se recostó de nuevo, con media sonrisa en la boca. Poco después, cuando la respiración de Demi se hizo constante y monocorde, se decidió a actuar. Agarró el macuto y se alejó de nuevo hasta el curioso nido de la libélula. No estaba dispuesto a dejar que otras tres de

su estirpe volaran por las tierras que lo vieron crecer. Si era tan mortífera como la pintaban, esas crías serían una pesadilla para el pequeño reino.

Cogió uno en cada mano y se sorprendió al constatar el peso, similar al de su odre lleno de agua. Se asomó al vacío y soltó los dos pesos llenos de vida. Sin pestañear, observó como la caída y el impacto los rompía, vaciándolos de todo el peso. El peso de la vida. La vida de unos monstruos. Volvió al nido y metió el huevo restante en el macuto, envuelto en una tela que a pesar de haberla limpiado todavía tenía marcas de la sangre roja de los verdeles.